

en cosa corriente y natural, reñido con todo énfasis. Apropió el mundo griego y romano al mundo moderno con tal acierto, que lo creerías recién llegado de andar por las vías apias con Clodio y por las atenienses con Cleón, ideando una comedia con Aristófanes ó escribiendo una de aquellas sátiras antiguas que emponzoñaban la vida de Nerón y sacaban de tino á Tiberio. Saludemos, pues, al más elocuente y más gracioso entre los escritores galos.

Grandes personalidades la del club de los franciscanos, el predicador Fouchet, el filósofo Clootz, el satírico Desmoulins con Danton á la cabeza y Marat á sus pies, grandes personalidades, extraordinaria cada cual por su estilo, pero incapacitadas por su misma grandeza de convenir en algo y organizarse para los combates, como estaban organizados los jacobinos, menos brillantes y más fuertes. Adoradores todos los franciscanos del sistema individualista, y dado cada uno á exaltar este sistema en sus respectivas personas; queriendo un bien exagerado caían en un mal cierto; proclamando una verdad absoluta, producían un error absoluto también, azotando á Francia con el azote de sus pasiones anárquicas. Pecaban los jacobinos por exceso de organización; pecaban los franciscanos por exceso de libertad. Mas no puede negarse que arraigaron la idea de los derechos individuales en las almas y estuvieron en comunicación perpetua con el pueblo, fieles apóstoles de la libertad y de la democracia. En el club franciscano se alistó un hombre, cuyo espíritu fuera el cometa sangriento de la revolución, agorero y bautista del terror antes que la guerra civil y la irrupción extranjera lo hubiesen puesto en práctica. Este hombre se llamaba Marat, escritor tan criminal como desinteresado, pues, mientras Robespierre lo disponía y organizaba todo para su personal dictadura, Marat lo descomponía y lo desorganizaba todo para cierta y fuerte, pero anónima é impersonal dictadura, sin una sola vez mentar al dictador, ni ofrecerse ó presentarse jamás de candidato á tal magistratura. Y, no pudiendo lograr del pueblo que adoptara su política, ni de los franciscanos que tuvieran una organización, convirtiéndose á inquirirlo todo con ánimo de aniquilar los enemigos de la revolución. Así, encerrado dentro de la cueva del monasterio franciscano, como los antiguos penitentes en sus cavernas, con la imprenta bajo sus dedos, en vez del rezo en los labios, delató por medio de hojas, no sólo diarias, muchas veces bidearias, como traidores á la patria y á la libertad, ante las muchedumbres, todos los que le infundían cualquier sospecha y alistó en torno suyo una legión terrible compuesta de hombres feroces, todos ellos sedientos de sangre y homicidas por naturaleza. Muy nervioso, al odio de los tiranos y de sus cómplices le saltaban y se le rompían los nervios como cuerdas demasiado tirantes; y muy sanguíneo, siempre que la sangre se le subía en hervores terribles al cerebro, quería ver sangre también, y mucha, en el suelo. Un hombre así había por fuerza de ser perseguido y ojeado en toda sociedad semiorganizada, obligándole tal persecución á encerrarse como las aves carniceras nocturnas en antros y ruinas, moviendo ejércitos de

CAPILLA ALFONSEINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E. I



Lit Felipe G. Rojas Madrid

misteriosos cómplices suyos que parecían ejércitos de sombras. Y desde aquellos antros, á donde iba por bajo tierra también, resollando como hiena y destruyendo como roedor, acompañado de sus esbirros, gritaba como una loca y un energúmeno, creído de curar con la política forjada en su cerebro, una sociedad, sin comprender cómo no tenía otra excusa en sus proceder y errores, que la terrible de hallarse dementado, y que su cerebro apoplético y su política cruenta pedían para su cura un colegio de medicina y una perdurable patología. Desnudo, hambriento, sin una piedra donde poner su tintero, y sin jergón donde al sueño reparar las fuerzas, el hambre y sus miserias lo exacerbaban cada vez más y lo disponían al crimen.

Varias todas estas personalidades y sin otro lado de unión entre sí que la fuerza y el alma vigorosa de Dantón. Por eso, cuando tenían reuniones, caracterizábanse todas ellas por tumultuarios debates, donde se oían muchas voces, discordes en todos los asuntos, pero acordes á la continua en clamor unísono de culto ferviente á la humanidad y á la patria. Muchos estudiantes allí, por habitar el club la orilla del Sena que se ha llamado el París literario, y con los estudiantes muchos publicistas, al lado de mujeres hermosas, que son respecto de los franciscanos revolucionarios lo que las clarisas respecto de los franciscanos religiosos, colaboradoras en la obra común y coparticipes de las victorias y de las desgracias. A lo mejor se levanta Dantón. Parece un Titán. La voz tiene mucho del trueno. La respiración hirviente compite con el resuello de los volcanes. Sus ideas semejan lavas, que abrasan y fecundan. Él tempesta, tronitúa, incendia, pero también ilumina. Tras Dantón suele venir Marat. Este maulla como un gato montés, y anuncia que se han fabricado quince mil tabaquetas con el retrato de Lafayette á favor de la reacción para que tomen rapé conventual todos los reaccionarios empedernidos. Luego añade que la Reina está convencida del triunfo de la reacción, habiendo mandado hacer tal número de realistas escarapelas, que las cintas blancas han encarecido mucho en todas las mercerías. Por virtud y obra del individualismo franciscano. como todo el mundo allí pensaba según su guisa, todo el mundo también según su guisa decía lo que pensaba. Y Camilo, alma de sofista y cómico heleno, se burla del ángel exterminador Marat, y del devoto suyo, á quien ya conocemos, el carnicero Legendre, poniéndolos como no digan dueñas, y haciendo que se rieran de uno y otro todas las gentes. «Siempre trágico, mi buen Marat, hipertrágico, tragicotatos. Bien podíamos reprocharte, como los griegos á Esquilo, el ser un poco rebuscador de tal calificativo. Pero no, tienes verdadera excusa; tu vida errante bajo tierra, como la vida de los primeros cristianos por las catacumbas, inflama tu imaginación y te pasas el día con la noche pidiendo cabezas cortadas. Dime, dímelo con seriedad: las diez y nueve mil cuatrocientas cabezas, que has añadido por pura forma de amplificación, á las seiscientas de marras, ¿son del todo indispensables? ¿No podrías rebajar ni una sola? Nada de hacer con más cuanto puede hacerse bien con menos. Yo creo que con tres ó